

FACULTAD DE MEDICINA Y CIRUGÍA
E INSTITUTOS ANEXOS
REPUBLICA DE GUATEMALA
CENTRO AMERICA



UN ASPECTO DE LA MEDICINA EN SUS RELACIONES SOCIALES

TESIS

PRESENTADA A LA JUNTA DIRECTIVA

DE LA

FACULTAD DE MEDICINA Y CIRUGÍA
E INSTITUTOS ANEXOS

POR

RAUL MAYORGA B..

(Ex-interno del Hospital General de Guatemala.)

EN EL ACTO

DE SU INVESTIDURA DE

MÉDICO Y CIRUJANO

— — — — —
MAYO DE 1928.
— — — — —

GUATEMALA, C. A.

TIPOGRAFIA SANCHEZ & DE GUISE
8ª Avenida Sur N° 24.

UN ASPECTO DE LA MEDICINA EN SUS RELACIONES SOCIALES

I

Breves conceptos de la Medicina en sus diferentes épocas.

Cuando tendemos nuestras miradas hacia los orígenes y progresos médicos realizados en el curso de los siglos, llama la atención la desproporción enorme que existe entre la rapidez de progresión de la ciencia médica de todos los siglos, con la de los dos últimos hasta nuestros días. Esta diferencia tan acentuada no es debida a un menor grado en la mentalidad de los hombres, que la han fabricado y hecho progresar, sino a una diferencia de método en la investigación de los principios que debían regir las leyes y de donde debían deducir sus aplicaciones; pero también hay que hacer concurrir en esta gran disparidad la falta de progresos realizados en otros órdenes de ciencias, en las cuales están basados los métodos modernos, que han dado tan grande luz y hecho progresar con suma rapidez la ciencia médica. No es querer sustentar que la Medicina ha llegado al grado máximo de perfección que no necesite más que retoques, pero colocada en la vía actual, las deducciones son seguras, los descubrimientos se multiplican.

Para poner de relieve la diferencia que existe entre el desarrollo actual con el de otros tiempos, me bastará dividir la historia médica en dos grandes períodos, el uno comprendiendo todos los tiempos desde el advenimiento de la medicina como ciencia, hasta el siglo XVII, y el otro comprendiendo el siglo XVIII hasta nuestros días; haciendo a un lado la parte narrativa o expositiva y limitándome a la apreciación de las circunstancias y principios que han regido en las diferentes épocas.

La Medicina, como todas las artes y ciencias, nació en el Oriente; y aunque su origen no puede ser precisado, cabría decir que fué al principio una mezcla de empirismo y de misticismo; la parte empírica, según investigaciones concienzudas, debidas a autores contemporáneos, fué una

medicina popular, nacida con el hombre y siempre cultivada—la necesidad la ha dictado.

Los egipcios han sido considerados como los primeros en haber llevado las ciencias a un alto grado de perfección; sin embargo, la medicina quedó reducida a un misticismo estrecho y rutinario que se limitaba al arte de profetizar. Los hebreos, no menos felices en medicina que los egipcios, trazan reglas de higiene y dejan, con los libros de Moisés y Salomón, parábolas de gran sabiduría y útiles aplicaciones prácticas.

La Medicina de los chinos es pobre y anárquica, tejiendo la fábula alrededor de ellos una serie de conocimientos importantes, cuya autenticidad es dudosa. Las instituciones políticas y religiosas, a las cuales estaba subordinado el arte de curar, no permitían un desenvolvimiento superior: dicen haber cultivado la Materia Médica y la Farmacología.

La Medicina de los japoneses es casi copia de la de los chinos: la ejercían los ermitaños, los sentoicos y los jambayos, con remedios que carecían de utilidad. Los japoneses son fanáticos y supersticiosos, “teniendo mágicos encargados de escribir el mal de sus pacientes, colocan estos apuntes en el altar de sus ídolos, los queman después y hacen píldoras con la ceniza, que dan al enfermo.”

Los escitas, más instruidos, no son menos fanáticos, siendo considerados como las fuentes en donde los griegos bebieron instrucción.

Estos últimos, que constituyen el punto culminante de las civilizaciones antiguas, no suministraron en su principio a la Medicina más que trozos informes, artes mágicas y adivinatorias de héroes y dioses que cultivaban la Medicina. Antes de la guerra de Troya se consultaba a los semidioses que poseían el arte por razón divina, entre los que se coloca el centauro Quirón, célebre por haber iniciado a Esculapio en la ciencia médica. Este, nacido de semidioses, desempeña un gran papel en la Medicina antigua; fué venerado y divinizado, y bien que la ficción ha rodeado su nombre de un resplandor divino, es considerado como el fundador de la Medicina racional.

La guerra de Troya representa en la historia médica un punto luminoso. El florecimiento de la poesía, suavizando las costumbres y ejerciendo una feliz influencia en la dirección de los hombres, despoja a la Medicina del carácter sacerdotal. Más tarde se hacen templos a Escula-

pio, y sus descendientes, los Asclepiades, encerrados en sus santuarios, resucitan el misticismo de los tiempos anteriores, quedando el arte de curar estacionario hasta el advenimiento del período filosófico: período que aparece con Thales y se extiende hasta la fundación de la escuela de Alejandría. En la primera parte de esta época, hasta Hipócrates, la Medicina se ejercía en los templos, las escuelas, los gimnasios; por filósofos médicos—prácticos y teóricos—que, desdeñando la observación razonada, se dedicaban a grandes polémicas, a discusiones sutiles, que satisfacían sus espíritus sin impulsar el arte médico en su verdadera senda. Sin embargo, establecen principios, fundan reglas, racionales pero dispersas, que recogidas, analizadas, puestas en método y sancionadas con su autoridad, hacen de Hipócrates el fundador del Experimentalismo racional y del Racionalismo empírico.

Hipócrates, que floreció en el siglo de Pericles y fué contemporáneo de Sócrates, es considerado como el Legislador de la Medicina. Colocado desde niño en un ambiente médico, descendiente de familia médica en muchas generaciones, iniciado desde su primera edad en el arte de curar, dotado de un genio tan profundo como sabio, “hábil en buscar la verdad en las cosas que la muestran, y no en los términos ambiguos que a menudo nos la cubren y son el punto de partida de muchos errores, Hipócrates recibió del medio que habitaba la más provechosa influencia.” Médico y filósofo, escribió tratados que han sido, durante siglos, la fuente sabia en donde las generaciones han bebido sabiduría. Verificó una triple evolución, separando la medicina de la filosofía, hasta entonces con ella confundida; transportando la verdadera filosofía en la Medicina, e introduciendo la Medicina en la ciencia entera; cuestiones que, si bien existían antes de Hipócrates, éste tuvo el mérito de ordenar, metodizar, medir y regular. Circunscribió la Medicina a sus límites precisos; desarrolló con extensión cada una de sus partes; enseñó la manera de llegar al conocimiento de las enfermedades; creó teorías y sistemas que, si bien estuvieron lejos de la perfección, fueron las luces que iluminaron durante siglos a esta parte de la Ciencia y el crisol en que moldearon las generaciones sucesivas el metal de su saber. Señaló los deberes del médico, creando las bases de la Moral Médica con palabras inmortales: “La Medicina es la más ilustre de todas las artes; pero hay muchos médicos de apariencia y de nom-

bre, muy pocos que lo sean realmente. Para hacerse médico, es preciso: talentos naturales, una buena educación, buenas costumbres, haber estudiado joven, el amor del trabajo y del tiempo" (Manera de reconocer al médico). "Todo lo que contiene la Filosofía se halla en la Medicina, y el médico debe tener las cualidades que reclama: desinterés, moderación, pudor, modestia, adhesión al deber, juicio sano, calma, cortesanía, pureza, ciencia, noción de las cosas útiles a la vida y de las purificaciones, integridad, piedad profunda sin superstición. Posee todo lo que permite vencer la intemperancia, la bajeza, la avaricia, la codicia, la concupiscencia, todo lo que sirve a conocer y verificar nuestros deberes." (De decenti ornatu). "El amor de nuestra ciencia es inseparable del amor a la humanidad. Ataca el charlatanismo, la avaricia, etc., de los falsos médicos, administra justicia a todos los que hacen algún descubrimiento, muestra indulgencia por los errores que pueden escapar aún a los más hábiles."

Hipócrates busca las leyes del organismo y del hombre entero, establece la relación entre la fisiología y la patología, traza los límites de la fisiología normal y patológica. Pone como base del conocimiento la observación y se ajusta al método *a posteriori* en el descubrimiento de la verdad.

Después de Hipócrates sus sucesores siguen sus doctrinas; pero se establecen una serie de sistemas dependientes de las interpretaciones que merecen los escritos de la escuela de Coos.

A la muerte de Alejandro, los Ptolomeos reúnen en Alejandría un gran número de sabios y fundan una biblioteca que llegó a tener setecientos mil volúmenes, conteniendo obras preciosas. La generosa protección de estos monarcas hizo que las ciencias, en particular la Medicina, hicieran grandes progresos. Pero la especulación fué colocada encima de la práctica; teorías basadas sobre ideas contradictorias, sistemas imaginados al favor de convicciones filosóficas aparecían y multiplicaban, apartando la investigación del eclecticismo experimental de Hipócrates. Los empíricos, los dogmáticos, los metodistas, los pneumatistas fundan sectas que dividen la unidad de las concepciones hipocráticas; pero las ramas todas del arte médico reciben vigorosas impulsiones: la Anatomía, la Fisiología hacen descubrimientos; la Materia Médica, el conocimiento de

los medicamentos y sus combinaciones obtienen grandes desarrollos.

Se ve por esto cómo las diferentes partes de la Medicina habían adquirido existencia individual y cada una de ellas alcanzado notable incremento; pero desgraciadamente la observación era abandonada por dedicarse a hipótesis que introducían numerosos errores y detenían los progresos. Es en esta época que aparece Galeno.

Poseedor de sólido talento, de gran imaginación y notable erudición, comprende la importancia de la Medicina, medita en la diversidad de opiniones y trata de juntar las partes, fundando su sistema en la unión de la razón y la experiencia. Construye de esta manera con todos los materiales dispersos, perfectamente analizados y ordenados, un vasto monumento al cual rindieron culto posteriores generaciones. Desgraciadamente, este espíritu fuerte estaba dotado de una imaginación ardiente que lo hizo abarcar un extenso campo, haciendo perder a la Medicina su verdadera personalidad. Eminentemente sistemático, apoya sus escritos en las ciencias extrañas, y no en los principios que le son propios. La Materia Médica se vuelve en sus manos un conjunto de aplicaciones empíricas que dan pábulo al charlatanismo de sus sucesores para especulaciones funestas.

Por este tiempo el Imperio Romano entraba a su período de decadencia: las luchas intestinas; las guerras de los jefes que se disputan el poder; las disensiones, la terrible lucha del paganismo con el cristianismo; el lujo desenfrenado; la preocupación incesante de los placeres materiales; la molicie, el vicio, apagaban los vuelos de las inteligencias, impidiéndoles emprender nuevas rutas o ensanchar las adquiridas; el servilismo domina en las ciencias y las artes, como en la política. Se comenta a los autores antiguos, discutiendo sobre las palabras más bien que sobre las cosas: el escepticismo y el misticismo dominan la Medicina, adoptando los amuletos, los misterios de la magia, las prácticas más supersticiosas.

A la caída del Imperio Romano, la civilización se divide en dos: el Oriente y el Occidente, para seguir por rumbos distintos en la adquisición de conocimientos.

Los árabes, instruidos por los judíos, los griegos y los cristianos de Siria, protegidos por sus soberanos, con bibliotecas conteniendo gran parte de los tesoros antiguos, podían inspirarse en sus doctrinas y adquirir grandes co-

nocimientos; pero el carácter de sus instituciones civiles y religiosas; arrebatados por el brío de su imaginación, el amor a las cosas sobrenaturales, a las influencias siderales y a las causas ocultas; poco perseverantes, los árabes no dieron a las ciencias el poderoso impulso que encontramos en el genio griego. Sin embargo, se registran en sus escritos detalles interesantes, hechos particulares a los que les falta un plan general de exposición y profundidad de concepción. En resumen, la Medicina de los árabes tiene vestigios de unión entre la antigua y la moderna; sus ideas generales hacen retroceder más que progresar; alteran sin perfeccionar; la farmacología y terapéutica práctica son documentos preciosos, desembarazados de sus teorías y reducidos a la parte substancial.

La Medicina bizantina se puede decir que hizo bien poco por el arte médico.

A la desmembración del Imperio Romano, el Occidente se ve envuelto en los primeros siglos, en las tinieblas y en la ignorancia, la superstición dominando siempre. Pero bien pronto los soberanos sienten la influencia de hombres esclarecidos, convirtiéndose en celosos protectores de las ciencias. La Medicina encuentra en la fundación de la Escuela de Salerno un nuevo foco de vida. Su reputación abarcó un extenso dominio, prologándolo durante muchas generaciones. Aunque dotada de numerosos textos y manuscritos antiguos, servida por médicos eclesiásticos y laicos, vuelta centro de enseñanzas y prácticas, los salernitanos no pudieron escapar a la influencia de las circunstancias exteriores de este tiempo tan atormentado por opresiones y luchas, donde cada uno consideraba en defenderse y atacar, faltando la estabilidad que necesita el establecimiento de las grandes instituciones. Los médicos, faltos de originalidad en sus doctrinas, comprenden y resuelven imperfectamente los dogmas de los antiguos, resultando una mezcla de misticismo, dogmatismo, empirismo, en medio de la cual no puede descubrirse verdadera ciencia.

En el siglo XIII la influencia protectora de los monarcas de Europa hace fundar escuelas en Alemania, Italia Inglaterra. La de Montpellier y la de París reciben notables incrementos y gran crecimiento. Se va perdiendo poco a poco el ascendiente galénico; se hacen y coleccionan observaciones; la Terapéutica y la Botánica adquieren nuevas formas y empuje; se siente en los espíritus una tendencia renovadora, bajo los auspicios del resurgimiento de la ob-

servación. El genio de Bacon, impulsando las ciencias y artes por nuevos derroteros, colocando el origen de los conocimientos en la observación, la experimentación y la inducción; viendo en las leyes de las lentes la manera de hacer microscopios y telescopios, pone el germen del futuro desarrollo y el nuevo fundamento de las ciencias médicas.

A pesar de esta propensión innovadora, los árabes principian a invadir las ciencias imponiéndoles sus normas; las obras antiguas son leídas—después de traducciones árabes—la tradición se ha roto o queda incompleta: el siglo XIV es dominado por ellos. La Medicina pierde la independencia y se detiene, encerrada como está, en un círculo trazado con anterioridad. La práctica cede a la especulación, a pesar de lo cual no faltan inteligencias independientes que se dedican con ardor a ensanchar las ciencias naturales, la farmacología, la materia médica, descubriendo y analizando un gran número de enfermedades. La Medicina práctica adquiere grandes riquezas que no son bien aplicadas, porque falta el método, el análisis, la coordinación; porque se desconoce el arte de separarlas de los errores que las envuelven y las recargan.

Es necesario llegar al siglo XV para ver el alma de Occidente rebelarse contra la imposición de las ideas de Oriente: el espíritu creador se abre paso y es impulsado por el aliciente de sus propios descubrimientos; aparece el gran Siglo de los Médicis sobrepujando o rivalizando en esplendor con el Siglo de Pericles y el de Augusto. Todas las ciencias buscan con ardor las fuentes abundantes de la observación; se aplican todas las actividades con energía avasalladora a la investigación de la verdad; la Ciencia toda parece que va a alcanzar sus límites extremos. Los médicos, en primera fila, se dedican al estudio de todas las ciencias, adquiriendo una vasta erudición que exalta el espíritu de observación y el de crítica. Es así como abren la vía a las grandes adquisiciones modernas.

Mientras personalidades eminentes se dedicaban a especular sobre bases positivas y ensanchaban el dominio de las ciencias, innovadores de otro género se presentaban, removiendo la tradición en sentido diferente. A ejemplo de los árabes y judíos, cimentaban el fundamento de la Medicina en las ciencias ocultas, la Magia, la Quiromancia, la Alquimia, identificándose con Dios, invocando los demonios, leyendo en los astros, extrayendo la quinta esencia

para curar las enfermedades—desvaríos que, generalizados en el vulgo, alcanzan a los instruidos, y aún a los sabios.

Bien que hubo algunos precursores, Paracelso fué el que dió mayor fuerza y energía a este método, ejerciendo, con sus escritos y vehemencia, un influjo considerable en Medicina. Hizo estudios superficiales, iniciándose y acojiéndose con ardor a la Astrología y a la Magia. Sus tratados, sometidos a la crítica, dejan una gran confusión, debida a la obscuridad, incoherencia y contradicción en sus ideas y escritos, que son una mezcla informe de astrología, magia, misterios cabalísticos, con nociones químicas y vitalistas. Se hallan, sin embargo, en sus obras—y en muchas ocasiones—penetración, sagacidad, alabanzas a la observación y al uso de los sentidos, que nos descubren fácilmente los secretos de la naturaleza. Desgraciadamente, sus vistas empíricas son obscurecidas por hipótesis quiméricas, dejándose llevar por los extravíos de una imaginación exaltada hasta el delirio. Somete, con un apasionamiento sin límites, a la crítica y la burla, todo lo que sus predecesores o contemporáneos han dicho o escrito; combate las sectas, las teorías, los sistemas, todas las doctrinas y todos los charlatanismos, con vehemencia y acaloramiento, con una fuerza tal en sus convicciones, como si estuviese dotado de un espíritu divino.

Paracelso hizo gran mal a la Medicina, uniéndose a los sistemáticos de todos los tiempos, que han relacionado el arte médico a los misterios y a la cábala. Pero le hizo un gran bien cuando, con su independencia, desdén y acritud, removié el principio de autoridad, demandando en su marcha nuevas luces. Sustentando con ardor sus doctrinas como comprensivas y seguras, puso a discusión los problema fundamentales, forzando a sus contemporáneos y sucesores a someter los anteriores conceptos a un examen más profundo.

Al advenimiento del Siglo XVIII, que comprende el segundo período en que deliberadamente he dividido este bosquejo histórico, se deja entrever y se le ve tomar forma al genio moderno: las ciencias todas van a sufrir una gran evolución, removidas en sus fundamentos; y una nueva era va a comenzar. Si la influencia de Bacon en el desarrollo y progreso de las ciencias es indudable, fué, no obstante, inferior al de Descartes; porque si Bacon preconizaba la observación y el método experimental, al desenvolver su doctrina revuelve antiguas hipótesis, crea nuevas, y

establece una ciencia falta de solidez. Su método inductivo está basado en la creación de una serie de espíritus invisibles e intangibles, con ayuda de los cuales se llega al conocimiento de todos los fenómenos físicos. Acredita prejuicios y supersticiones, de modo que, al llegar a la práctica, olvida los principios fundamentales que ha establecido. No enseña la manera de observar, de experimentar, de inducir.

Los fundadores del método experimental no son los filósofos o silogistas que preconizan el *método*; son los sabios que le han puesto en práctica; que han juntado los elementos, seguido paso a paso su desarrollo, establecido las reglas y deducido sus principios. El ejemplo lo encontramos en los clínicos, los físicos, los naturalistas, que se han rodeado de objetos y aparatos necesarios; que han seguido con un celo infatigable la progresión o sucesión de fenómenos complejos, desmenuzándolos en sus simples; escrutando y analizando las partes, para llegar, por una síntesis razonada, cuasi material, a establecer las leyes que gobiernan los fenómenos y las cosas.

Si los tiempos modernos han llegado a tener tan gran superioridad, no se debe solamente al *método inductivo* y a la *lógica*; se debe también, por una gran parte, a la multiplicación de aparatos, escuelas, academias: establecimientos prácticos en donde la naturaleza es sorprendida y analizada en todos sus elementos, bajo los ojos mismos del observador, regulando la marcha de los fenómenos y limitando y encerrando la imaginación en términos precisos.

De esta manera se llega, por un trabajo de análisis que sustrae todas las potencias a un objeto único, a descubrir un cierto número de hechos que la inteligencia del hombre reúne, constituyendo la base de axiomas luminosos. Que Bacon haya puesto, como base de los conocimientos, la *observación*, en sus aplicaciones se deja arrastrar por la *lógica* y la *imaginación*, olvidando la experimentación. En cambio, genios profundos—avanzando en la verdadera senda—escrutando la naturaleza en sus íntimos detalles, llegan a realizar innovaciones trascendentales en la ciencia.

Galileo, Kepler, Harvey, Descartes, ahondan profundos surcos, en donde la simiente de las nuevas generaciones habría de encontrar el material necesario para hacer germinar el árbol fecundo cuyas ramas rasgaran el infinito, hasta entonces inexplorado.

Inducidos por el espectáculo luminoso que se presentaba ante sus ojos; comprendiendo la bondad y magnitud del *método experimental*; analizando la tradición—que desde Hipócrates señalaba el *experimentalismo racional* como la fuente viva del saber, los médicos comprendieron rápidamente la importancia de esta verdad, y se acogieron a ella con fervor, anhelando construir sobre sus bases el edificio entero.

La obra era ardua: se necesitaba destruir todos los prejuicios, el espíritu de sistema, la halagadora vanidad de los falsos resultados del método *a priori*. Se resucitaron teorías antiguas, se instituyeron nuevos métodos, se combatieron ideas, se introdujeron errores fisiológicos que transtornaron los progresos de la Clínica.

Este trabajo, que se continuó durante algún tiempo, no fué completamente estéril. Analizando las teorías, combatiendo los sistemas, se aniquilaron falsas interpretaciones y se sustrajeron algunas verdades que quedaron definitivas. Fué así como llegó a establecerse el verdadero *Método*, que debía esclarecer y esparcir tan grande luz a la doctrina clínica, basada en la observación segura y extensa y en la inducción más severa.

He ahí el estado de la Medicina al finalizar el siglo XVIII. Todos los médicos ilustres fundaban sus conocimientos en la observación—fecundada por la experimentación,—la inducción bien regulada, el cálculo; abandonando los sistemas *a priori* que tanto mal habían hecho y no aceptando en teoría más que lo perfectamente demostrado por la experimentación. Las teorías que se habían sucedido demostraban que hay en el hombre fenómenos vitales, físicos, químicos, cuya simple observación conducía a interpretaciones de muchos géneros; que era necesario establecer por hechos experimentales lo que comprendía y pertenecía a sus dominios.

De esta manera, la anatomía general, la anatomía patológica, la fisiología descriptiva, el análisis clínico, la doctrina de los elementos mórbidos habían de permitir resolver con precisión absoluta el gran problema de la naturaleza y el asiento de las enfermedades. La Terapéutica ensanchaba sus dominios comparando los resultados obtenidos en los diferentes estados mórbidos, variando y juntando las substancias, según los datos suministrados por los adelantos de la química—los resultados y éxitos terapéuticos siendo debidos a hábiles y pacientes exploraciones.

El siglo XIX encontró reunidos los elementos necesarios para llegar de una manera segura a la adquisición de principios numerosos e inmutables. Los hombres de esta época aplicáronse con ardor creciente a la conquista de nuevos horizontes; y aunque se nota en personalidades ilustres algunas divergencias, hay un espíritu general, una tendencia determinada, un genio común. El *Método experimental* lo domina todo, constituyendo un centro hacia el cual convergen y del cual parten, vibraciones luminosas que pondrán de manifiesto verdades hasta entonces insospechadas. La parte semiológica,—ya bastante adelantada por la tradición—adquiere, con la aplicación de la observación razonada y la experimentación trascendente, un dominio superior, llegando a adquirir el **DIAGNÓSTICO** y **PRONÓSTICO** una precisión creciente. Gracias a la práctica de nuevos métodos de exploración, se llega a descubrir directamente lo que antes necesitaba largas inducciones.

Avanzando en la misma vía, la Materia Médica y la Farmacología realizan progresos: los medicamentos son desembarazados y reducidos a su parte activa; se les analiza, se les combina, presentándolos bajo formas que facilitan su administración e introducción por las vías más variadas. Todas las grandes medicaciones, los remedios mayores son sometidos a una serie de pruebas y contrapruebas que no dejan la menor duda sobre sus efectos y eficacia.

Pocas épocas pueden ser comparadas a ésta, por el número considerable de observaciones y experimentaciones; por la profusión y enorme publicidad de los hechos e ideas, por la cantidad incalculable de escuelas, academias, hospitales, sociedades sabias y concursos, donde todos los puntos de la Ciencia son escrupulosamente explorados y difundidos.

Vemos en esta época la Medicina entera y cada una de sus ramas constituidas, realizar su independencia; aproximarse cada una de ellas, y con las diversas ciencias, para esclarecerse y enriquecerse, haciendo sentir sobre ellas su feliz acción.

La práctica, basada en hechos positivos, es mucho más segura; la teoría más exacta y extensa; y, bien que no se halla podido adelantar el análisis experimental hasta el conocimiento fundamental y primordial de la vida, se irán juntando tantos hechos conocidos alrededor de ellas, se amasará tal número de leyes que expliquen las armonías y antagonismos, que el espíritu más inestable podrá per-

manecer seguro, laborando sobre base cierta al lado de este bloque intangible.

En la copiosa adquisición de elementos de investigación que poseen las ciencias modernas, ocupa el primer lugar en Medicina el microscopio, por sus múltiples aplicaciones y los mayores descubrimientos a que ha dado lugar. Bien que las propiedades de las lentes eran conocidas por los antiguos, fué Bacon quien primero señaló las aplicaciones prácticas que podían tener en las ciencias. Muchos nombres se disputan el privilegio de la construcción de este aparato; pero es necesario llegar al siglo XVII para encontrar en las memorias de Malpighi y Leuwenhoeck el verdadero origen de la Microscopía, o sea el origen de un mundo nuevo, que tanta precisión habría de traer a la Patología y Patogenia.

Perfeccionamientos múltiples fueron llevados a término en la construcción del Microscopio y en los métodos de examen, habiendo logrado un progreso notable al finalizar el siglo XVIII y comenzar el XIX.

Con todos estos preciosos elementos, trazado el plan en donde el genio de los hombres habría de desarrollarse—para no perderse en los extravíos de la imaginación—el siglo XIX se vuelve luminoso con el descubrimiento del origen animado de las enfermedades infecciosas, provocando la mayor revolución que se haya visto en el mundo de las ciencias médicas, y estableciendo reglas precisas de diagnóstico, etiología, patogenia, profilaxia y terapéutica. Y, si bien al principio la duda fué posible y numerosas las controversias, cabe preguntar ahora si puede haber duda, cuando existe el pensamiento de relacionar todas las enfermedades a este origen.

La triple alianza de los agentes animados, de la fermentación y de la intoxicación, se halla en escritos antiguos, atribuyéndola a seres elevados en organización; y muchos médicos asimilaban el proceso infeccioso al proceso fermentativo, asociando de esta manera dos fenómenos desconocidos.

La noción de la *generación espontánea*, admitida desde los tiempos remotos, preocupó constantemente las inteligencias investigadoras que—observando seres microscópicos en infusiones vegetales—las hizo suponer que provenían de gérmenes esparcidos y preexistentes en la naturaleza. Tal es lo que nos enseñan las memorias de Leuwenhoeck, de Wrisberg, de Spallanzani, demostrando que la

fermentación no existe cuando se sustraen los líquidos al contacto del aire. A pesar de todo, la creencia de la *generación espontánea* persistía, debida a la divulgación de teorías falsas por hombres acreditados. Fué entonces que surgió el genio de Pasteur, demostrando, con argumentos irrecusables, la existencia de los infinitos gérmenes que determinan las fermentaciones—aislándolos y cultivándolos.

Davaine descubre el primer microorganismo patógeno, y esclarecido por los trabajos de Pasteur, comprende que las enfermedades infecciosas son producidas por gérmenes, de la misma manera que producen las fermentaciones. Dotado de una firme voluntad, de una constancia insuperable y de un genio profundo, rodeado de reducidos y defectuosos elementos, Davaine fué el espíritu que iluminó e impulsó el genio de Pasteur, quien—aplicando sus investigaciones a las enfermedades de los mamíferos—creó el método fundamental y fecundo de la Bacteriología.

Levántanse numerosos adversarios; establécense discusiones; acumúlense trabajos que habrían de ceder ante la realidad de los resultados obtenidos.

Estado actual y grado de precisión en sus medios y resultados.

Cuando consideramos el vasto campo de la Medicina en su estado actual de desarrollo—que tratamos de abarcar con mirada imparcial las grandes líneas directoras que presiden su existencia estructural; cuando vemos los principios modernos que la rigen, las leyes que la someten, el alma que la anima, encontramos una gran simplicidad de acción en medio de los innumerables términos que la envuelven. Los adelantos realizados en el conocimiento de la anatomía normal y patológica, la perfección en los datos suministrados por la histología, el esclarecimiento de todos los puntos etiológicos y patogénicos, el máximo desenvolvimiento de la materia médica y de la farmacología, la precisión y extenso incremento de la terapéutica, han concurrido, de manera efectiva, a la realización de la síntesis del arte médico. Perdida la noción de los sistemas, olvidado el espíritu de las teorías, obscurecidas las tendencias filosóficas para dar libre curso a la experimentación, no encontramos, a la hora actual de la Medicina, más que hechos positivos—realidades que han pasado ante los ojos del experimentador o que la observación, paciente y múltiple, de

muchas generaciones, han podido contemplar. Toda la Patología ha sido recorrida, agrupada, distribuida en cuadros, en donde la imaginación no tiene más que detenerse para ilustrarse. La Terapéutica, recogiendo las nociones—aún las más antiguas—instruida con las otras ciencias, constituye un inmenso arsenal donde las substancias, bien conocidas, son adoptadas y aplicadas por el arte. La naturaleza y origen de las enfermedades están perfectamente limitados, los elementos mórbidos sabiamente analizados, formando, la Higiene y la Profilaxia, una obra de elementos bien catalogados. El Análisis Clínico, los elementos de la Semiótica, los matices de todos los signos, sus múltiples relaciones, han sido aislados, coleccionados, clasificados en un trabajo minucioso y perfectamente elaborado, de manera a formar grupos bien distintos en medio de su conjunto armónico. Los elementos de investigación, los aparatos y medios de diagnóstico, se han multiplicado y perfeccionado en una tal medida, que la razón y la imaginación han sido casi aisladas, para relacionar a los sentidos la investigación de la verdad.

El conocimiento de las enfermedades y de los enfermos ha adquirido un tal grado de exactitud, que no hay divagación posible en frente de los estados mórbidos. El médico actual lo conoce; sabe el orden cronológico y la sucesión de síntomas; los resultados posibles, inmediatos o alejados. Conoce la relación que presentan, los daños producidos en la economía o en determinados órganos, las fuentes posibles de recurso, el éxito real o ilusorio, positivo o dudoso. Al presente no existen estados que escapen al discernimiento y a la clasificación, ni males imaginarios ni curas milagrosas: las tendencias positivas que tan grandemente impulsaran el saber, encontrando la razón de las cosas en las cosas mismas, encuadraron el arte médico en las barreras de lo real. Si algo falta por saber; si queda algo ignorado, es por que no se ha encontrado el verdadero modo de investigación para ese determinado número de hechos; es por que faltan las condiciones en que hay que colocar o hacer variar los sentidos, para percibir el fondo de las cuestiones. Pero, aún con estos fenómenos o hechos; aún cuando haya ese cierto número de cosas, cuya naturaleza íntima queda ignorada, la sagacidad y potencia de los métodos modernos han esparcido tanta luz que su fondo lo entrevemos; y han podido ser de esta manera relacionados a una serie de hechos conocidos.

En posesión de los sabios cuadros trazados por la Patología—que abarcan todo cuanto los ojos pueden presentarnos en el orden mórbido—; impulsados y enderezados por la Clínica, para descubrir, en medio del complejo fisiopatológico, las lesiones que causen el trastorno funcional; iluminados o complementados por la Bacteriología—que pone de manifiesto la naturaleza del agente patógeno,—simplificando o confirmando con los Rayos X las deducciones clínicas y diagnósticas, el médico moderno está colocado sobre una base segura y cierta, acaparando datos para referirlos, por un cálculo mental, a un orden determinado de hechos que posee en virtud de sus sólidos conocimientos. Si existen estados mórbidos que se muestran atípicos en su marcha, extraños o extravagantes a su primer examen, pertenecen, no obstante, a un grupo determinado, perfectamente clasificado y que los sentidos no han percibido para ser referidos por el entendimiento a su verdadera causa. La duda no es posible, pero sí el desconocimiento, la falta de apreciación en un momento dado de los elementos que constituyen el complejo mórbido, la relación que presentan, su orden e importancia, el discernimiento necesario—que debe ser fecundo—para elaborar y fabricar el edificio *diagnóstico*. Por lo tanto, el conocimiento casi absoluto de los estados mórbidos se detiene: por incompletos conocimientos, por insuficiencia de erudición, o por una torpe inteligencia, por insuficiencia de elaboración.

Dejando a un lado este conocimiento, esta casi absoluta posesión de todos los resortes que mueven e impulsan la máquina animal enferma, veamos lo que la Ciencia moderna ha desplegado y puesto en nuestras manos para combatirlos. Noción tanto más importante cuanto que es por ella que la humanidad juzga la Ciencia; es por ella que el médico es considerado, admirado y venerado; es el resultado final que dicta el fallo a las elucubraciones y potentes trabajos de todos los siglos. Es aquí que la Ciencia se despoja de lo absoluto que podía haberle dado la sagacidad y penetración en la interpretación y conocimiento de los hechos existentes. Es aquí que los sentidos son transportados a la categoría de facultades expectantes, para tomar el predominio, ideas directoras nacidas de la inteligencia, el raciocinio, la imaginación. Es aquí donde el arte esplendoroso muestra su importancia y originalidad; y es aquí también donde los recursos de la naturaleza son impulsados por

el genio individual, para hacer surgir las frescas y rosadas flores del éxito.

Pero si en sus detalles mínimos y—sin embargo, de importancia primera—la naturaleza artística interviene, la Terapéutica obedece a leyes inmutables a las que la razón se subordina sin rebasar su causa. El tratamiento de los estados mórbidos podrá recibir ligeras modificaciones bienhechoras de la participación individual; pero, en sus grandes líneas nada lo modifica, nada lo altera.

El médico moderno conoce los límites de recursos terapéuticos; sabe el radio de acción de la ciencia; percibe la modificación, feliz o provechosa, que el Arte imprime al organismo enfermo; puede predecir el resultado; obrar enérgico o moderado; aliviar o curar. Con la ayuda de los conocimientos adquiridos y el juicio que se desprende de sus resultados prácticos, ve mentalmente y clasifica, casi ciertamente, las enfermedades, en cuadros reales de resultados alejados. Pretender sobrepujar estos límites, exceder los recursos naturales que la ciencia y el conocimiento han colocado en nuestras manos, es la obra de la ignorancia o de la farsa.

Tal es el lazo de unión entre la Medicina y la Sociedad. Es de aquí que parte la opinión que la Ciencia Médica se merece; es el rayo de luz que ilumina las mentalidades del vulgo. Es por esto que debe inspirarse en la más franca imparcialidad; que debe ser severa y rígida, poniendo en conciencia los hechos y en franca realidad los resultados. Si la finalidad no es siempre prevista, si la fatalidad surge engañosa en circunstancias anormales, responderán a limitado número de hechos, que no torcerán ni empañarán el curso immaculado de la conciencia profesional.

Concepción del vulgo.

Hemos visto en el ESBOZO HISTORICO las concepciones médicas de las diferentes épocas, de los eminentes hombres que han hecho adelantar la ciencia médica, y el espíritu que los ha animado. En todas ellas encontramos un carácter común que ha servido de base a las ideas más diversas: todas se caracterizan por la subordinación de los sentidos a la inteligencia o la razón.

Ha sido necesario llegar al siglo XVIII para ver esta independencia establecerse y reconocer el poder de acción de los sentidos. Por esta vía, el mundo científico ha llegado

a realizar las más grandes conquistas que imaginarse pueda en tan corto tiempo. Pero si consideramos el que ha sido preciso para llegar a realizar tal evolución; si pensamos en los innumerables tropiezos y fracasos en que han incurrido los genios científicos, para haber de modificar sus concepciones primitivas; si, por otra parte, meditamos en el desconocimiento que tiene la generalidad no iniciada de los recursos y adelantos de las ciencias, de sus medios de aplicación, de las deducciones seguras, de los resultados apreciables, nos será fácil comprender las falsas interpretaciones, las deducciones ilógicas, los argumentos imaginativos en que la Medicina se ve constantemente envuelta y obscurecida. Mas, haciendo a un lado este desconocimiento de las bases modernas y de los principios directores que mueven y solidifican el Arte Médico—y que es una razón común con las otras ciencias—hay circunstancias propias a la Medicina que hacen que la imaginación del vulgo se pierda en desvaríos, buscando o esperando en fuentes desconocidas, el germen protector o la Panacea salvadora. Es la propensión del humano espíritu; es la parte inmaterial de la substancia que crece y se amplifica con el desarrollo; es algo de tradición y soplo evolutivo que se ha infiltrado en nuestra mente, arrastrando a la imaginación a concepciones obscuras, pero de fidelidades ciegas. Esta tendencia, nacida con nosotros y que la ilustración apenas debilita, posee toda su fuerza en los ignaros que, si buscan los recursos médicos, es por una fuerza en la costumbre y un medio expedito de distraer su imaginación. Si a esto juntamos los obstáculos morales, la educación religiosa—introduciendo en la verdadera doctrina errores múltiples y groseros, tanto más difíciles de combatir cuanto que forman parte del carácter de los individuos—comprenderemos cómo la Medicina, en su aspecto de ciencia puramente racional, tiene que salvar obstáculos, vencer prejuicios tradicionales, romper diques de supersticiones y desvaríos, para hacer luz y ascender sublime a la excelsa cumbre de sus dominios.

Como todas las verdades descubiertas y definitivas, que van imponiéndose progresivamente, insinuándose en todas las conciencias y resolviendo en realidades las ideas obscuras, el Arte Médico ha conquistado un extenso dominio de conciencias populares, tanto por los adelantos propios de la civilización, tendientes a desterrar la ignorancia de la superficie del globo, como por los claros y precisos éxitos que muestran sus aplicaciones.

Esta noción, de apariencia insignificante, que pasa comúnmente desapercibida—por parecer fútil e inexistente—es de importancia mayor, si se reflexiona que la opinión del vulgo es la relación obligada entre la ciencia médica, como entidad absoluta, como arte especulativo, y la aplicación constante de sus recursos y adquisiciones. Sus verdades, salidas de la elaboración paciente de inteligencias perseverantes y meditativas, permanecerían aisladas e infecundas frente a los seres para quienes han sido fabricadas; por el desconocimiento y el temor de sus aplicaciones.

Más que cualquier consideración que en este orden de ideas pueda aducirse, está el del avance de la charlatanería en estas mentes ignorantes de los límites de acción de la naturaleza, de lo que los hombres pueden hacer con precisión y seguridad. Sería indudable que la Ciencia Médica realizaría un gran progreso cuando la opinión de los hombres fuera iluminada por rayos de luces positivistas; cuando se lograra imponer con la realidad de las verdades axiomáticas; cuando se llegara a desterrar del espíritu humano esa serie de obscuridades, de pesimismo, de misterios en que la imaginación y ficción populares envuelven todas las cuestiones que se relacionan con la Medicina.

El eterno problema de la muerte, el trágico panorama de la no-existencia, la mezcla difusa de los resortes de la vida, hieren vivamente las imaginaciones, confundiendo y reuniendo en términos comunes, la marcha y funcionamiento de la máquina orgánica con los términos primero y último de su formación y desaparecimiento.

Es verdad que todos los elementos que componen la humanidad, no podrían llegar al grado de perfección necesaria para poseer, con evidencia, la relación lógica y verdadera que los llevaría, con convicción absoluta, por los sanos principios. Pero si los directores que ejercitan el arte, si todos los médicos que se han empapado de estas verdades y que proceden con conocimiento de causa, se aplicaran, no solamente a descubrir el mal y combatirlo, sino a enseñar e ilustrar, a poner de relieve la naturaleza y progresos del mal, sintetizando sus recursos, sin hacer alardes de móviles imaginarios e imprecisos a los que habrán de recurrir; limitando bien lo que la Ciencia *puede* y lo que de la fuerza natural *hay que esperar*; siendo francos y sinceros en los juicios y en los resultados de su labor; impasibles y valientes cuando la duda o la ignorancia asaltan su saber, los misterios y obscuridades irían desapareciendo,

la luz y el conocimiento irían avanzando y ganando en las conciencias populares. La firmeza y la confianza tendrían mayores adeptos, resultando de una tal evolución el desdén de las fuentes imaginarias de salud, el desprecio por los magos y charlatanes—que especulan en las conciencias y en las haciendas—de las gentes, más que crédulas, ignorantes.

Este trabajo concurrente—dependiente y ligado a la Moral—caminando a la par de la labor científica—debiendo ser continuado durante muchas generaciones—habrá de ser inculcado como lo son los principios y reglas del Arte en el joven profesional; habrá de constituir una rama frondosa de su conocimiento moral y filosófico no poseyéndola únicamente como simple elemento abstracto, como una palabra hermosa, pero sin significado, y a menudo olvidada o desdénada.

Esta relación nos conduce a hablar del carácter profesional, de la manera que adopte el médico para conducirse ante el público, toda vez que, de su silencio o de sus palabras, surgirá a veces la opinión torcida o se confirmará la que ya existía en la mente popular.

Conducta profesional y resultados prácticos.

No es querer detallar largamente todo lo que se refiere a esta materia que, bien considerada, comprende una serie de nociones de gran extensión, abarcando en su naturaleza los principios de moral y de jurisprudencia médica: cuestiones que, si no siempre fructifican en realidades, están a lo menos comprendidas en la enseñanza, formando parte del conocimiento y conciencia profesionales. No es intentar tampoco penetrar y discutir los principios establecidos por esta rama del arte, que son elementos grandiosos de sabiduría y buen entender. Es simplemente un intento de analizar un cierto número de hechos y propensiones que tienden a trastornar el criterio o conocimiento popular. Estas nociones atañen, no solamente a la *actitud profesional*, aislada o individual: comprenden también las relaciones o mutuos deberes de los individuos que practican el Arte, toda vez que la conjunta colaboración es indispensable, no sólo para hacer fructificar bondades, sino también para ponerse al abrigo de la malicia y torpes prácticas de sujetos sin escrúpulos, que benefician y explotan el silencio general, la interrogación eterna y la lucha sórdida de competencia profesional.

Si, poseído de estos deberes, con la conciencia siempre abierta, procura imponer su ciencia en lo que tiene de verdadero y puro—no tratando ni confundiendo nunca ideas erróneas,—imponiéndoles su autoridad y crédito, para obtener frutos y vencer rivalidades;—si en sus explicaciones y deducciones se ajusta a la conducta real que la Ciencia le suministra; si en sus deseos de expansión y popularidad no sobrepasa jamás los límites racionales que el saber ha sancionado, el médico habrá salvado de este modo su conciencia y su arte. Si en presencia de un estado mórbido que ya ha sido conocido y analizado por un colega, no tuerce el gesto despectivamente,—ante la mirada indagadora del enfermo—, ya sea porque la Terapéutica no ha concordado con la naturaleza del mal, porque ha sido mal dirigida, o porque la especie incógnita no puede responder a un resultado efectivo e inmediato, y en tal concepto, procede a *asentir y aprobar* la conducta de su antecesor, concretándose a recurrir a *otros medios que tal vez acierten*, habrá salvado igualmente el Arte y la conciencia profesional.

La realidad tropieza con grandes dificultades cuando, apartando el verdadero interés científico y el amor a su Arte que cada profesional debe sentir hacia el caro bien que posee, se considera el espíritu en sí, pese a la evolución que le han dado los largos años de estudios y las meditaciones consiguientes; cuando se medita en la multiplicidad de individuos que se acogen a su sombra, no poseyendo tal vez el extenso y suficiente dominio de las facultades escogidas; cuando, descendiendo en los análisis, contemplamos almas paupérrimas queriendo con el medro y lucro manchar la pureza del arte.

Así vemos, a menudo, la Medicina convertida en un campo de luchas económicas, introduciendo la rivalidad con la mezcla de bajas pasiones y de mezquinos intereses que trae consigo, en el que cada uno de los que la profesan se convierte en un acaparador de opiniones, aunque en su acción propenda a agujerear el crédito y la buena fe de su correligionario. Nos asombra y contrista al mirar los medios de que se valen—a la hora actual—los celosos protectores de la salud, haciéndose depositarios de remedios eficaces y de consecuencias rápidas, delante de estados mórbidos en que la Ciencia no ha logrado encontrar el medio específico y se ve obligada a recurrir a procedimientos indirectos de marcha lenta y de resultados aleatorios. Es sensible ver la inclinación moderna de la sociedad arrastrar,

en su delirio de riquezas materiales, la conciencia profesional y torcer la verdad del alma de la Ciencia.

El público, que no conoce el fondo y origen de este cúmulo de opiniones, de esta diversidad de pareceres, que se siente a veces aquejado por dolencias de marcha lenta o crónica—de recursos terapéuticos mediocres—sin hallar el remedio eficaz muchas veces preconizado, concluye en que el médico, o hace una serie de tanteos empíricos de la misma manera que los magos y charlatanes, o que es una ruina mezcla de especulaciones. De esta manera la opinión torcida sobre la Medicina persiste; los misterios que la envuelven se multiplican; la pureza y honradez de los apóstoles, que sienten y comprenden lo que de elevado tiene su misión, se miran empañadas por un criterio no exento de fundamento, cuyo origen está en la falta de moral y desconocimiento, de algunos profesionales, de la importancia de las relaciones entre el Arte Médico y la sociedad.

Tal vez, al leerse y considerarse lo que dejo apuntado, surgirá la sonrisa irónica de lo que se dice en las esferas de lo irreal y lo impracticable; de las ideas que mueven la pluma en el terreno de lo ideal, para ser legado a las obscuridades de un cajón y a la pátina destructora del tiempo. Pero si se analiza la fuerza que tienen las ideas cimentadas por la enseñanza, incluyendo en las bases de la moral médica el capítulo de la *Farsa Profesional*; si se reflexiona en la natural extensión que abarcaría esta enseñanza práctica en la conciencia pública, por la mutua colaboración; si meditamos en las aplicaciones que la Ciencia ganaría en lo que de verdadero tiene; y si, en último resultado, comprendemos que es el medio seguro y lógico que el gremio científico tiene que oponer a los charlatanes y empíricos—desterrando de la opinión general los sentimientos subversivos, las ideas erróneas, que son el maremagnum donde los conceptos médicos se pierden—la reflexión surgiría en la mente de nuestros maestros, que verían en la consagración de estos principios una manera de extender la ciencia en sus aplicaciones y de hacerla guardar, elevándolos a la categoría de normas morales, indispensables de adquirir y poseer el profesional que abandona las aulas.

La acción feliz no se dejaría sentir por un proceso rápido: vendría modificándose en las nuevas generaciones, no llegando a obtener su pleno dominio más que, cuando mancomunados con el espíritu de la Ciencia, se apliquen sin esfuerzo por una natural inclinación de las costumbres.

No por ésto se dejaría el estado actual en la forma que lo está, sembrando disimulos y floreciendo engaños; que tal estado de cosas sirve de escuela y enseñanza, inclinando y modelando caracteres rectos y juiciosos; los que, sintiéndose aislados, se despojan de su fe, para ceñirse la coraza—preparándose a la lucha que se les provoca. Este estado acarrearía un círculo vicioso que habría que temer por su existencia y su persistencia, si no existieran medios para debilitarlos y hacerlos desaparecer.

En primer lugar, la enseñanza: construyendo corazones esforzados que desplieguen en la contienda de su misión la más franca sinceridad, una escrupulosa limpieza en sus acciones, una pulquérrima pureza en sus pensamientos. En segundo, un trabajo de crítica, sancionado y dirigido por la autoridad científica correspondiente al ramo: que investigue, analice, desembarace la realidad de la ficción; dando publicidad a sus trabajos, sin omitir la lección práctica de los hechos verídicos, al alcance del conocimiento popular. Procediendo así, los mismos profesionales que, por las razones antes mencionadas, se apartaron de la buena senda, acreditándose con fábulas, se detendrían temerosos ante la sanción de la autoridad.

Porque vemos a menudo hechos y noticias, avisos y medicaciones, que hacen sonreír de desprecio a los profesionales juiciosos, tomar magnitudes tales de publicidad, que avergonzarían al autor si la generalidad ignorante conociera lo torcido de su proceder. Y estos hechos aislados, que no son pocos, permanecen luciendo su malicia, sin una sanción que los encastille, sin una personalidad científica que—sin carácter individual—los modifique o haga desaparecer. Ante hechos de este género, que el público acoge por venir de fuente autorizada por un diploma, la boga es creciente y mayor cuando el silencio de los directores científicos se hace sentir al rededor de ellos.

El órgano de publicidad de las sociedades médicas debería tener una mayor distribución, con una parte al alcance de todas las mentalidades, en donde se hiciera ver de manera palpable los recursos del Arte y las emboscadas tendidas a la buena fe y a la credulidad, donde se anatematizara a los detractores de la ciencia y a los falsos apóstoles del saber. Si tal vez parece que esta obra no puede ser llevada a cabo por individuos superiores, ajenos a la malicia de los hombres; por una entidad respetable, incapaz de descender a descubrir los bajos móviles del interés, hay

que invocar a la ciencia de que son dispensadores y a quienes está confiada en su dirección. Es por ella, por su pureza, por su ensanche, por que se mantenga libre en su extenso desarrollo, por lo que la crítica debe surgir, envolviendo a su paso a todos los elementos que quieren especular a su sombra, manchándola en su existencia, deteniéndola en sus avances.

El sentido teórico que mi tema pueda tener resulta, pues, de una simple interpretación, común a cualquier modificación que se presente en un orden determinado, y que es el recurso de todos los que miran los hechos existentes como la consecuencia lógica e inmodificable de las cosas. ¿Para qué introducir cisma en la marcha de nuestras instituciones, que están bien reguladas, y si se presentan hechos falaces no son sino la consecuencia de la maldad propia del humano espíritu? ¿Cómo pretender modificar esta naturaleza de los hombres que desde la formación de la humanidad viene sucediéndose en las generaciones? Un tal pensamiento cabe en mentalidades pobres e infecundas, incapaces de reflexión y de evolución: porque, si la opinión que la Medicina se merece no va a ser modificada, no puede serlo de golpe por la condición humana misma, las modificaciones apuntadas se refieren a un grupo bien distinto de la humanidad, atañe a los profesionales, a los hombres que, con el estudio han abierto brechas al saber, han meditado largamente y acorazado su espíritu y voluntad. Es a ellos a quienes va dirigida la instrucción; son ellos los que, en primer término, tienen que modificarse, para lograr cambiar la opinión y crédito general.

¿Cómo no va a lograrse introducir estos principios que, no solamente son sanos en sí, sino también lo son por las bondades que repartirían al gremio y a la Ciencia? ¿Cómo no van a llegar a formar parte de la conciencia profesional, cuando sean elevados a la jerarquía de principios de enseñanza práctica, indispensables de poseer, como formando parte de la totalidad de la Ciencia?

Es que, hasta la hora actual, se ha desdeñado la parte moral, circunscribiendo la enseñanza a la parte puramente científica, en la creencia—no exenta de razón—que los individuos que en ella toman parte han llegado a adquirir un grado elevado de perfección moral; aislando, de este modo, los principios y reglas adquiridos, como elementos abstractos, sin reunirlos ni asimilarlos en un plan especial a la filosofía de la ciencia.

Y no solamente estas reglas de solidaridad, estas relaciones entre el médico y la sociedad, de la integridad del carácter profesional, hacen falta en la enseñanza, sino también los principios fundamentales de la Moral, el capítulo de Deontología Médica, de una efectiva utilidad práctica y que no son adquiridos por el estudiante más que por nociones dispersas, lecturas ilustrativas, manifestaciones individuales de poseer conocimientos, de donde se sigue una imperfecta noción de este ramo, o un conocimiento aislado de utilidad personal.

Cuando los programas sean modificados en este sentido, dándole a la enseñanza moral toda la extensión a que es acreedora; cuando el alma de la Medicina sea purificada e inculcada con las nociones científicas; cuando las nuevas generaciones tengan nociones precisas que las encaucen por las sendas de rectitud y de bondad—trazadas y recogidas en capítulos de gran sabiduría—la humanidad beneficiará tanto como la Ciencia misma en sus aplicaciones. El sentido y opinión popular se irán cambiando progresivamente, la luz penetrando en las conciencias, como la religión y los deberes sociales.

CONCLUSIONES

- 1.ª—La Enseñanza moral debe formar parte de los programas de estudio, incluyendo en su desarrollo las relaciones entre el Médico y la Sociedad, los mutuos deberes profesionales, y haciendo resaltar en Capítulo especial, los peligros que acarrearán a las aplicaciones médicas el avance y la persistencia de la *farsa profesional*.
- 2.ª—La labor del médico no debe limitarse a la aplicación de sus conocimientos científicos, sino también, debe colaborar, con un lenguaje comprensivo para el público no ilustrado, a la divulgación de los recursos del Arte, poniendo de manifiesto su labor, inspirada en el más sano juicio y la más franca verdad.

RAÚL MAYORGA B.

Vº Bº

M. BELTRANENA.

Imprímase,
JUAN J. ORTEGA.

BIBLIOGRAFIA

- Dictionnaire Encyclopédique des sciences médicales.
Historia de la Medicina (Renouard).
Nuevo tratado de Patología General (C. H. Bouchard
y G. H. Roger).
-

PROPOSICIONES

- Anatomía Descriptiva*. Útero.
Anatomía Patológica. Cáncer del cuello de la
matriz.
Bacteriología. Estreptococo.
Botánica Médica. Cornezuelo de centeno.
Clínica Quirúrgica. Absceso de la cavidad de
Retzius.
Clínica Médica. Síndrome de Brown Se-
guard.
Física Médica. Esfigmo manómetro.
Farmacología. Tinturas.
Fisiología. Vaso dilatación.
Ginecología. Metritis aguda.
Higiene. Métodos de desinfección.
Histología. De la fibra lisa.
Medicina Legal. Muerte por suspensión.
Medicina Operatoria. Ligadura de la Arteria
Lingual.
Obstetricia. Presentación de hombros.
Patología Externa. Fractura de los metacar-
pianos.
Patología Interna. Arritmias.
Patología General. Necrobiosis.
Química Médica Orgánica. Ergotina.
Química Médica Inorgánica. Yodo.
Terapéutica. Indicaciones y Contraindi-
caciones de la ergotina.
Toxicología. Envenenamiento por el su-
blimado corrosivo.
Zoología Médica. Amibas.